## EL ABANDERADO

# Obra en dos partes

(1962)

## Personajes:

ALFÉREZ DE "COLIGÜE BAJO"

OTRO ALFÉREZ DE "COLIGÜE BAJO"

MUJERES DE "COLIGÜE BAJO" (3)

HOMBRES DE "COLIGÜE BAJO" (4)

CORNELIA

CABO GONZÁLEZ

CORNELIO TORREALBA

BRUNA

ZÚÑIGA

JUAN ARANEDA, ALIAS EL "ABANDERADO"

OTROS HOMBRES DEL BAILE DE "COLIGÜE BAJO" (6)

PEPA DE ORO

"EL TORDO"

YALA

Doris

ESTELA

CHELA

SONIA

CANTANTE

GUITARRISTA

OTROS GUITARRISTA

CLIENTES (2)

VENDEDOR

OTROS VENDEDORES (2)

VECINAS (7)

VECINOS (5)

ALFÉREZ DE "LA CALAVERA"

HOMBRES DEL BAILE DE "LA CALAVERA" (5)

ALFÉREZ DE "PEÑAS BLANCAS"

Donoso

RIQUELME

OTROS POLICÍAS

#### PRIMERA PARTE

#### ESCENA 1ª

(En las afueras de un pueblo. Las mujeres están adornando una cruz con guirnaldas y faroles, mientras los hombres, capitaneados por un alférez, ensayan bailes y cantos. Éstos van acompañados por sonidos de flautas y redobles de tambores.)

ALFÉREZ .- (Cantando.) Buenos días, santo leño,

Con la mayor devoción Te saludo, cruz bendita, Donde padeció el Señor. Donde padeció el Señor, Lo digo desesperado, Donde padeció y sufrió Pa'salvarnos del pecado. Ahí derramó su sangre. Pa'salvarnos del pecado Lo digo muy retumbante En este sagrado leño.

MUJER I .- (A Mujer II.) ¡Cuelga ese farol del brazo!

MUJER II.- Pero si ya tiene una guirnalda.

Mujer I.- No importa. hay que ponerle ropa aparente.

Hombre II.- ¡Mírenla! ¿Y qué más le van a colocar?

MUJER I.- De un todo, pues. Hay que vestir bien la cruz este año.

Hombre III.- Para que se vea tan bonita como Ud.

MUJER I.- Ya, pues, déjese...

HOMBRE III. - ¡Beh! Tan arisca de un de repente.

(Vuelven a sonar las flautas y los hombres ensayan saltos del baile. Aparecen González y Torrealba, dos policías rurales.)

Hombre II .- ¡Ahí viene mi cabo González!

HOMBRE. - ¡Cabo! Teniente hay que decirle. ¿No ves que lo ascendieron?

GONZÁLEZ.— A cabo no más. Hay que ir despacito por las piedras. Teniente es todavía mi teniente Bruna... ¿Y en qué andan los brutos? Bailando como chuscas... con el perdón de las señoras.

ALFÉREZ.- Preparando la partida, pues.

González.- ¿Y adónde se van ahora?

Alférez.- Al pueblo de La Calavera para la fiesta de la Cruz de Mayo.

González.- ¿Todo el baile se va?

ALFÉREZ.- Entero, pues. Como todos los años.

GONZÁLEZ.- Pero déjenme que les presente... Torrealba. Acaba de llegar esta mañana y ya le tocó pega. (Todos lo saludan.)

ALFÉREZ.- ¿Qué ha habido algún disturbio?

González.- ¿Que no oyeron?

ALFÉREZ .- ¿Qué cosa?

González .- No lo saben entonces ...

HOMBRE III.- No, pues. ¿Qué?

González.- (Hace una pausa, se da tiempo.) Anoche cayó el Abanderado.

ALFÉREZ .- ¿El salteador?

GONZÁLEZ.- El mismo.

VARIOS .- ¿Y cómo? ¿Dónde? Cuéntenos, pues...

GONZÁLEZ.— Si me dan algo para refrescar la garganta antes. La traemos seca con el polvo. (Una de las mujeres va a buscar una botella con vino. Mientras a Torrealba.) Aprovecha para soltarte los cordones... (A los otros.) Todavía no se halla con los bototos.

(Torrealba obedece con gran alivio. Todos se acercan rodeando a González.)

Hombre I.- Cuéntenos, pues. No se haga de rogar.

González. - (Después de beber.) Ahí está mejor. Como lija la tenía...

HOMBRE II.- ¿Lo mataron?

González.- Todavía no, pues. Si cayó anoche no más.

HOMBRE I .- ¿Adónde?

MUJER I.- Apostaría que fue en el Cerro Pardo donde dicen que tenía su escondite.

González. – Despacito... Soy yo el que voy a contar. Anoche, como a eso de las nueve, mi teniente Bruna recibió noticias de que habían visto al Abanderado.

MUJER II.- ¡Ave María Purísima! Si hacía meses que no se sabía de él.

MUJER I.- Ya creíamos que se había ido a otro lugar.

González. – Le vinieron a decir que estaba donde la Pepa de Oro.

MUJER II.- Remoliendo.

HOMBRE II. – Pero si la Pepa de Oro es la madre del Abanderado.

MUJER I.- Así es, pues. Miren lo que fue a echar al mundo.

Mujer II.— Ella no es mejor. Pero es amiga de la policía, por eso que no le cierran el negocio y no la encierran a ella... (De pronto se da cuenta que está hablando frente a los policías.) Sin ofender a nadie ¿ah?

GONZÁLEZ.- Hable no más, señora.

Mujer II.- Era sin mala intención.

González.- Hable no más; pero si quieren saber lo que pasó, déjenme meter basa a mí.

ALFÉREZ.- Cuéntenos no más, mi cabo.

González.— Bueno, le vinieron a decir a mi teniente Bruna que estaba donde la Pepa de Oro. A nosotros nos pareció raro. Hace la punta de años que no se ven. Se arrancó cuando era cabro. Y la Pepa ni siquiera desea oír hablar de él. Dicen que lo borró de su memoria.

MUJER II.- ¿Entonces?

González. - Raro nos pareció; pero fuimos de todos modos.

ALFÉREZ.- ¿Y quién se lo vino a decir?

González.— Ésa es la cuestión. El que se lo vino a decir era uno que llaman el Tordo, uno que anduvo con el Abanderado un tiempo, salteador también... pero ya cumplió condena.

Hombre I.- Uno que lo conocía entonces.

GONZÁLEZ. - Así es. Por eso mi teniente Bruna y yo le dimos fe.

ALFÉREZ.- ; Y?

González.— Nos fuimos donde la Pepa de Oro con mi teniente y el Tordo. Golpeamos por la puerta de atrás. Adentro estaba la fiesta que ardía... pero no pudimos hablar con la dueña.

MUJER I.- ¿Por qué?

González. – Había ido para el Sur, a la ciudad, a buscar una pensionista nueva que le llegaba. Y ahí nos quedamos los tres... No nos atrevimos a entrar así, de golpe, por miedo a que se nos arrancara, y como no lo conocíamos...

ALFÉREZ. - ¿No lo conocían?

González.— No, pues. ¿No ve que hace tantísimos años que anda arrancando? Y sin conocerlo, no podíamos agarrarlo.

HOMBRE I.— : Y qué hicieron entonces?

González.— A mi teniente Bruna se le ocurrió una treta. Es medio pije; pero no se le puede negar que es recontra ocurrente. Le dijo al Tordo que entrara y, como él conocía al Abanderado, que se acercara a saludarlo y a brindar... Nosotros, por la ventana, estaríamos aguaitando... A ver si me alcanzan otro traguito para refrescarme...

ALFÉREZ.— (Irrumpe con un canto monocorde.) El Iscariote altanero sin tenerle compasión propuso en su corazón entregar al Verdadero.

González. - ¿Qué le pasa a ése?

ALFÉREZ. – Se me acaba de ocurrir un verso para la procesión. Oyéndolo cantar se me ocurrió. (Y vuelve a cantar:) Para entregarlo preso

se marchó con paso fijo así, al Divino Hijo, se atracó y le dio un beso.

González. – Bueno, soy yo o usted el que va a contar lo que pasó.

Alférez. Perdóneme, mi cabo... A veces los versos escasean y hay que agarrarlos al vuelo. Siga, siga no más.

González.- ¿No hay más interrupción?

ALFÉREZ.- Ninguna.

GONZÁLEZ. - Sigo entonces. ¿Dónde iba?

Mujer II.- Estaban aguaitando por la ventana.

González.— Vimos a Tordo acercarse a uno y ofrecerle un trago. Nosotros entramos con las carabinas cargadas. Comprenderán la trifulca que se armó. La putas chillaban como lauchas, la cantora quedó con el grito pegado en la garganta y no sé quién retrocedió chocando con la ponchera que se rompió como un espejo... Ése fue el momento que aprovechó el Abanderado para arrancar. Se lanzó por la ventana... y nosotros detrás. Se fue para el lado del Cerro Pardo... y nosotros siempre detrás. Por ahí anduvimos perdiendo la huella, y tuvimos que retroceder hasta que lo oímos cruzando el río. Lo seguimos claro: hubo un tiroteo. ¡Hay que ver cómo se defendía el hombre! Pero nosotros siempre detrás. Vadeamos el río, lo vimos trepar el Cerro Grande... y nosotros detrás. Cruzamos el caserío que hay en la loma... los ladridos de los perros nos iban diciendo por dónde se escurría... y nosotros detrás, siempre detrás, como perros también persiguiendo la presa. Entonces se le ocurrió cortar por el tranque y nosotros...

Hombre III.- Detrás.

González.— No, ahora nos pusimos por delante. Cortamos por la quebrada y lo sorprendimos en la ribera del tranque. Ahí cayó de rodillas, como un penitente. Mudo estaba y con la mirada de fiera.

MUJER II .- ¿Y?

González.- Nada más. Lo amarramos y lo llevamos al retén donde ahora está.

MUJER I.- ¡Mire lo que son las cosas! Cayó el Abanderado.

MUJER II.- ¡Y en buena hora!

González.- ¿Les queda algo para tomar?... Quedé seco.

MUJER I.— Gánese a la sombra mejor. Acá tenemos un chuiquito y acá nos puede terminar de contar... (Se alejan. Salvo Torrealba que ha aprovechado de sacarse los zapatos durante el relato y ahora se apresura en volvérselos a poner. Junto a la cruz, hay una muchacha, casi una niña, Cornelia, que ríe al verlo confundido.)

CORNELIA .- ¿Le duelen?

Torrealba.- Un poco. Me acaban de poner de servicio y todavía no me acostumbro con estas cuestiones...

CORNELIA. – Hay que echarle un poco de cera. Aguarde.

(Saca una vela de uno de los faroles que cuelgan de la cruz y con ella empieza a frotar el interior de los zapatos.)

TORREALBA. - ¿Es eso lo que hay que hacer?

CORNELIA .- ¿No lo sabía?

TORREALBA.— Son cosas que uno nunca sabe. Sin la mujer el hombre anda como perdido. (Pau-sa.) ¿Y qué van a hacer con esa cruz?

CORNELIA.- La estamos vistiendo.

TORREALBA .- ¿Para qué?

CORNELIA. - Porque en Mayo siempre se visten. ¿No lo hacían así donde usted vivía?

Torrealba.- No. Yo vengo de lejos. Del Sur y para el interior.

CORNELIA. – Es para una fiesta. Primero hay procesión y después, fiesta.

TORREALBA .- ¿Usted va a ir?

CORNELIA .- ¿Adónde?

TORREALBA. - A la fiesta.

CORNELIA. - A lo mejor. (Pasándole un zapato.) Pruébese éste. ¿Cómo le queda?

TORREALBA.- Mejor. Mucho mejor.

CORNELIA. - Páseme el otro entonces.

González.— ... Y arrastrado lo tuvimos que llevar hasta el retén. Y allá lo tenemos. Pero mi teniente Bruna dice que el lugar no es seguro... Se nos han arrancado otros, y por eso tenemos que llevarlo... CORNELIA. - ¿Usted ya lo vio?

Torrealba. - ¿Al preso? No, todavía no. ¿No ve que recién acabo de llegar?

CORNELIA. - ; Y adónde lo llevan?

TORREALBA.— No me acuerdo del nombre de la ciudad. Primero vamos con mi cabo a Los Coligües, creo, al retén, a buscarlo. ¿Queda lejos?

CORNELIA. – Hay que atravesar el caserío y después seguir derecho.

TORREALBA.- Lejos es entonces.

CORNELIA. - ¿Y qué cree que le harán?

TORREALBA. - ¡Quién sabe! Mi cabo dice que es peligroso.

Cornella. - (Con cierta vehemencia.) No. No lo creo. Por lo menos no lo parece.

TORREALBA. - ¿Usted lo conoce?

Cornella. – Lo he visto... de lejos. Como todos. Siempre lo veía cuando era más chica, flameando como una bandera al viento cuando galopaba por la loma. Por eso le dicen Abanderado.

TORREALBA. - ¿Cómo así?

CORNELIA.— Porque parecía bandera. Algo rojo como sangre usaba y un pañuelo blanco amarrado en la cabeza. De lejos, todo eso ondeaba, como en los días de fiesta, como dicen que se ven los barcos cuando entran al puerto.

TORREALBA .- ¿Usted conoce el puerto?

CORNELIA. - Queda demasiado lejos.

Torrealba. - Yo tampoco lo conozco.

CORNELIA. - Pero así me dijeron que eran los barcos.

TORREALBA. - Así debe ser.

Cornella.— Y así es como siempre lo veía. En las tardes, cuando iba a pasar el tren de las siete... desde lejos oía el pito y me asomaba entonces. "¿Qué estás mirando, Cornelia?" me decía mi mamá. "Nada, nada"; pero el corazón se me helaba cuando lo veía atravesar el cerro...

TORREALBA. - Usted se llama Cornelia.

CORNELIA. - Sí.

TORREALBA. - Yo también. Quiero decir, Cornelio, Cornelio Torrealba. No es nombre común.

CORNELIA.- No. no es.

Torrealba. – Mi padre se llama Cornelio. Cornelio Torrealba.

CORNELIA. – Como el mío. Quiero decir, que el mío también se llama Cornelio, Cornelio Salas. Siempre quiso tener un hijo para que llevara su nombre; pero yo fui única.

Torrealba. - Y por eso le puso Cornelia.

CORNELIA. - Por eso.

GONZÁLEZ. - (Desde atrás.) ¡Torrealba!

Torrealba. – Mande, mi cabo. (Rápidamente se yergue con un solo zapato. Ella trata de ponerle el otro.) Aquí estoy, mi cabo.

González. – Nos vamos a tener que ir yendo.

ALFÉREZ.- Tómese uno por el camino, mi cabo. Es mayo; pero el sol pica más que en verano.

González. – Torrealba, ven tú también a hacerle honor a este trago. No hagas desaires... Mírenlo, apenas llegado y ya tiene a las hembras a sus pies.

TORREALBA. - (Turbado.) Este...

González. – Nada de cuentos. Tómate un trago y sigamos. No vaya a ser cosa que te enredes el primer día y ni llegues al retén. (A los demás.) ¡Hasta pronto! Y que les vaya bien en la festividad.

ALFÉREZ. - A lo mejor nos cruzamos, mi cabo.

GONZÁLEZ .- ¿Dónde?

ALFÉREZ.- Por el camino, quiero decir. ¿Que no se llevan al Abanderado hacia Pueblo Bajo?

González. - Así es.

ALFÉREZ.- Y nosotros vamos a La Calavera. Los caminos se cruzan.

González.- Cuando menos entonces, pues.

ALFÉREZ. - Y a lo mejor hasta lo entusiasmamos para que nos acompañe a la festividad.

González. – Usted sabe que a mí me gusta otro tipo de fiesta, alférez.

Hомвке III.- Ésta también va a ser regada.

Hombre II.- Claro, después de la procesión.

Mujer II.— Y este año sí que no se la puede perder, mi cabo. Doña Paula Bernal va a prestar su Cristo Agonizante.

Mujer I.- Lo van a pasear en andas.

MUJER II.- Tiene las costillas perforadas y el corazón a la vista. ¡Baila con el viento!

González.— Quién sabe, pues, quién sabe. Es cosa conocida que el servidor público no es dueño de su tiempo.

ALFÉREZ .- ¡Trate al menos!

TORREALBA. - (A Cornelia.) Hasta luego, y gracias.

Cornelia.- De qué, pues.

TORREALBA.- A lo mejor nos vemos luego.

CORNELIA .- A lo mejor.

(Se despiden y salen González y Torrealba.)

HOMBRE III. - ¡Se fueron los servidores públicos!

MUJER II .- ¡Chit! Que los pueden oír.

ALFÉREZ.-(Cantando.) Todos le daban maltrato

Aquellos hombres sin credo Lo pasean como a preso Desde Herodes a Pilatos.

MUJER I.- (A Cornelia.) ¿Qué te pasa?

CORNELIA .- ¿A mí?

MUJER I.- Sí. ¿Por qué te has quedado mirando?

CORNELIA.- Por nada.

ALFÉREZ .- (Irrumpiendo.) Lloren, flautas, mis hermanos

Donde se murió el Señor Yo doblaré mi bandera Al redoble del tambor.

(Suenan algunas flautas. Hay un redoble prolongado de tambor.)

#### ESCENA 2ª

## En el retén de Los Coligües

(El teniente Bruna está terminando de afeitarse. El ordenanza, Zúñiga, permanece de pie junto a él. Sostiene en su mano derecha un lavatorio lleno de agua y, en la izquierda, un espejo en el cual se mira el teniente. De pronto, Bruna aleja la mano que sostiene el espejo y mira el rostro del ordenanza, como si fuera un espejo, como si en verdad viera su imagen reflejada ahí. Zúñiga tiene un rostro joven muy ingenuo, casi el de un niño.)

Bruna. - Es una lástima, Zúñiga, que no tengas un espejo en vez de cara.

ZúÑIGA.- Sí, mi teniente.

Bruna.—Y además, al verte, podría creer que la vida no me ha marcado con todas estas pequeñas cosas que descubro en el verdadero espejo. ¿Me comprendes?

Zúñiga.- Sí, mi teniente.

Bruna. – Las pequeñas arrugas, el gesto cada vez más cansado de los labios, esta mirada sin luz, esta mirada que ya nada espera, lo que va sucediendo, en fin.

ZúÑIGA.- Sí, mi teniente.

Bruna.— No contestes todo el tiempo. Los espejos, los realmente buenos, no hablan. A lo más repiten lo que uno dice. Lo repiten en forma inaudible. ¿Me comprendes? Ah... no... contestes.

ZÚÑIGA.- Muy bien, mi teniente.

Bruna.— Eso está mejor. Muy bien, mi teniente. Un espejo que lo aprobara todo. Muy bien, mi teniente. Nada ha pasado, mi teniente. El tiempo está detenido, mi teniente. Cuando me trasladen, Zúñiga, si es que me trasladan, pediré que me dejen llevarte. ¿Te gustaría?

Zúñiga.- Muchas gracias, mi teniente.

Bruna. - Porque algún día tienen que trasladarnos. Los castigos no son eternos y yo creo haber cumplido en forma más que suficiente mi condena. ¡Dos años en este hoyo! Porque Los Coligües es un hoyo, Zúñiga. Aquí uno se pudre sin darse cuenta. Igual que el agua al fondo de las norias. Al cabo de un tiempo nadie quiere beberte. ¿Qué tal mi imagen?

ZúÑIGA.- Muy bien, mi teniente.

Bruna. - Tienes que conocer las ciudades, Zúñiga. Cómo se vive en las ciudades. No las conoces no es cierto?

ZúÑIGA.- No. mi teniente

Bruna. Es allí donde a uno le suceden cosas en la cara. Esas arrugas de las cuales te hablaba, esas canas, esas miradas, lo que delata en una palabra. Y por eso te voy a necesitar, Zúñiga, mi espejo, para que me ayudes a ignorarlas. Pero quédate tranquilo. ¿Qué es lo que te pasa?

ZúÑIGA.- Nada, mi teniente.

Bruna. - Dilo sin miedo. Vamos, habla, hombre.

ZúÑIGA. – Es que me apretan los zapatos, mi teniente.

Bruna. - ¡Otro! Eres igual a ese nuevo ¿cómo es que se llama?

ZÚŇIGA.- Torrealba, mi teniente.

Bruna.- Ah. ése...

ZÚÑIGA. – A los dos nos apretan los zapatos. Es por la falta de costumbre.

Bruna. - ¿Y por qué? ¿Qué usaban antes?

ZúÑIGA. – Nada, mi teniente.

BRUNA. - ¿Nada?

Zúñiga. - Nada. Caminábamos con los pies no más. Chally had proportion to the con-

(Se escuchan ruidos afuera.)

Bruna. – ¿Qué es lo que pasa ahora?

González.- (Apareciendo.) Permiso, mi teniente.

BRUNA .- ¿ Oué hay?

González. – Estamos listos para llevarnos al detenido.

Bruna.- ¡Ah! González, ha habido un cambio que me notificaron esta mañana. Ya no van al Pueblo Bajo, porque desde ahí tienen que hacer traslado de tren. Ya no van a Pueblo Bajo sino a La Calavera.

González. - ¿A La Calavera, mi teniente?

Bruna. - ¿Que no me oíste?

González. - Usted manda, mi teniente. A La Calavera será entonces. Claro que en La Calavera...

Bruna.- ¿Oué sucede?

González. – Hay fiesta, mi teniente. La Cruz de Mayo toca este año.

BRUNA .- 1.Y?

González. – Es que vo pensaba...

Bruna. Ya le he dicho que no piense, mi cabo. Mientras menos piense, mejor.

González. – A sus órdenes, mi teniente.

Bruna. – Trae al detenido antes de partir.

(González se cuadra y sale. Bruna ya ha terminado de afeitarse; pero sigue mirando al orde-

nanza como si se contemplara en el espejo.)

Bruna. - Una responsabilidad menos... Dentro de un rato veremos partir al preso y nos habremos descargado de una responsabilidad. ¡Mejor así! Que por lo menos Los Coligües tenga sus compensaciones. No hay gente, no hay vida, no hay nada; pero tampoco hay responsabilidades... ¡No te parece? Así no se cometen errores y las cosas prosiguen su paso a paso... ¿Dónde está el jabón? (El ordenanza se lo pasa.) El preso... ¿cómo es que se llama?

Zúñiga. - Abanderado, mi teniente.

Bruna. El Abanderado como tú lo llamas tiene algo de hombre peligroso. Algo en la mirada, algo aquí... (Esboza un gesto en torno a la mandíbula.) El rostro del que carga demasiadas culpas. Porque las culpas se van acumulando. Aquí (Se toca el corazón) o a veces aquí (Se toca el cerebro) y poco a poco, una vez que se llenan esos recipientes, salen a luz; se

disponen como una máscara... aquí (Hace un gesto con las manos jabonosas sobre el rostro.) Una máscara de pequeñas arrugas, de gestos mínimos, de miradas sobre todo. Es entonces cuando uno necesita espejos con tu cara, Zúñiga, espejos que no permiten ver esas culpas. Porque el peor castigo es ver esas culpas. El peor castigo, Zúñiga, es reconocerse. Y para que eso no suceda se necesitan espejos que reflejen lo que uno era... antes. ¡Antes, Zúñiga!

(Se escuchan ruidos de pasos, gritos y órdenes. Entran González y Torrealba trayendo al Abanderado.)

Bruna.— (Mientras sigue lavándose las manos.) Quiero que sepas que el cabo González tiene órdenes estrictas de disparar por si se te ocurriera arrancarte. Por eso te recomiendo que no lo intentes. Ya estás acusado de muchos delitos y no tienes para qué alargar la lista. Por si se te ha olvidado alguno, voy a refrescarte la memoria... ¡González!

González.- Mande, mi teniente.

Bruna.- ¿Dónde está la carta?

González.- Aquí la llevo, mi teniente.

Bruna. Déjeme verla (González se acerca con ella. Bruna, sigue lavándose las manos mientras la lee.) Juan Araneda López, alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado:

De asalto y robo en San Alfonso.

De robo a mano armada en los pueblos de Ritoque, Mauco y Pachacama.

Y de otras ofensas que aquí van anotadas.

Con fecha veinticuatro de Enero recién pasado, robó, atacó e incendió la propiedad situada en la altura de Venecia.

En la noche que seguía, arrasó las cosechas y robó el ganado de don Pedro Mejías Real.

En Coligüe se le busca por robo; en San Isidro, por violación y hay pruebas de que estuvo implicado en la muerte de Anselmo Segundo Molina, acaecida en el camino de Peñas Blancas en la noche del tres de Noviembre.

En total, veinticuatro denuncias.

Apresado en esta zona en la noche del treinta de Abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde se le envía para que sea juzgado, sentenciado y condenado.

¿Oíste? ¿Oíste de lo que se te acusa? (El Abanderado no contesta.) ¿Tienes algo que decir antes de irte?

(El Abanderado lo mira algunos segundos y luego lo escupe el pleno rostro. Primero hay un momento de estupor e inmovilidad y luego González reacciona y se apronta a golpearlo, pero Bruna lo detiene.)

Bruna. - Déjalo... Llévenselo.

(Salen los policías llevándose al Abanderado.)

Bruna.— ¿Ves, Zúñiga? ¿Ves cómo cuesta soportar que a uno le digan lo que ha hecho? Las cosas duelen y el pasado pesa como una cruz. (Se da vuelta hacia el ordenanza y lo mira como si buscase su imagen en un espejo. Se lleva la mano al rostro, ahí donde fue escupido.) Eres el mejor espejo, Zúñiga. Me miro y ni siquiera veo lo que me acaban de hacer. Todos los espejos debieran ser como tú.

## ESCENA 3ª

En el embarcadero de la balsa

(El Baile de Coligüe Bajo, es decir, cinco hombres capitaneados por el Alférez se acercan al lugar. Traen unos arcos de hojas de palmera.)

Hombre I.- Por acá, por este lado debe estar el embarcadero.

Alféguense entonces y esperemos. Ya no ha de tardar la balsa. Alléguense por este lado que para allá es muy traicionero el terreno.

Hombre I.- Allá parece que viniera.

HOMBRE III. - ; Adónde?

HOMBRE II.- Allá.

ALFÉREZ. - Ésa no es la balsa.

HOMBRE II.- ¿ Qué es entonces?

ALFÉREZ. – Que no ven que es neblina que corre sobre el río.

HOMBRE II.- Miren... si parece que hubiera visto hasta el remero allá.

ALFÉREZ. - A ése se le oye antes de verlo, pues, compadre. No ve que se lo pasa gritando: "Ahooora...". (Grandes risotadas. Luego de algunos segundos aparece el cabo González seguido por Torrealba y el Abanderado.) ¡Pero que no es mi cabo González! Mire que venirnos a encontrar en el embarcadero

González. - Así atravesamos juntos.

ALFÉREZ. - ¡El gusto es nuestro!

González. - Contimás que después llevamos el mismo camino.

ALFÉREZ. - ¿Cómo? ¿También van para La Calavera?

GONZÁLEZ - Así es

ALFÉREZ. - ¿Pero que no iban para el Pueblo Bajo?

González. - A último momento nos cambiaron las órdenes. Y como el servidor público no está más que para obedecer...

ALFÉREZ. - ¡Me alegro! Más vale viajar acompañado. (Señalando al Abanderado.) ¡Es ése? GONZÁLEZ.- Ése.

ALFÉREZ. - ¿Y cómo se le ha portado?

González. - Hasta ahora, mudo. Mudo como piedra. Pero mírele los ojos.

ALFÉREZ.- Revueltos los tiene. (Viendo al Abanderado que avanza.) Cuidado, mi cabo. Dígale que se quede ahí no más. El terreno es muy pantanoso.

GONZÁLEZ .- ¡Torrealba! Quédate allí no más con el preso.

TORREALBA. - Está bien mi cabo.

ALFÉREZ.- Y ustedes no pierdan el tiempo. A ver si me terminan los arcos antes que llegue la balsa.

HOMBRE II.— ¡Eh, Abanderado! ¿Te gusta andar con las manos amarradas?

HOMBRE I. – Déjenlo, ¿No ven que se le acabó el viento?

HOMBRE II.- Parece bandera con mástil ahora.

Hombre III.- Y el mástil es mi cabo González.

(Celebran la salida con risotadas.)

González.- (Llevándolos lejos de donde está el preso en voz baja.) Callados, déjenlo tranquilo mejor. Miren que es recontra peligroso...; No saben lo que le hizo a mi teniente Bruna?

(El grupo de hombres comienza a cuchichear. Torrealba se da vuelta para ver si González lo puede ver y saca un paquete de cigarrillos. Enciende uno y lo aspira. Luego mira al Abanderado y decide ofrecerle. El detenido lo mira con cierta incredulidad. Torrealba repite su gesto, saca un cigarrillo del paquete, lo coloca entre los labios del otro y lo enciende. Ambos fuman durante algunos minutos en silencio.)

ABANDERADO. - ¿Adónde me llevan?

TORREALBA. – A La Calavera.

ABANDERADO. - ¿Para qué?

TORREALBA. - Son órdenes.

(Siguen fumando en silencio.)

ABANDERADO. - (Después de un rato.) Gracias ¿ah?

Torrealba. - ¿De qué?

Abanderado. - (Mostrando con un gesto el cigarrillo que sostiene entre las manos atadas.) Por esto.

TORREALBA.- Hace bien.

ABANDERADO. - Sí.

TORREALBA.- Yo fumo desde que era cabro. Me iba a la estación a buscar a mi abuelo que traba-

jaba en las vías y, por el camino, recogía las colillas. (Pausa.) No soy de acá. Soy del Sur y para el interior... (Pausa.) Vengo llegando... (Pausa.) Me llamo Cornelio Torrealba.

ABANDERADO.- A mí me dicen Abanderado.

(Una gran risotada que proviene del grupo de hombres interrumpe la conversación.)

ALFÉREZ.- ¡Este cabo González!

HOMBRE II.- ¡Hay que ver las historias que sabe!

Hombre I.- A ver pues, cuéntese otra.

González.— Y aquí ando trayendo la carta con las denuncias... (La saca de su bolsillo y uno de los hombres trata de tomarla.) ¡Epa!, éstas son cuestiones oficiales. Yo se las voy a leer...

(En voz baja, de modo que sólo algunas palabras son audibles lee la carta.)

Abanderado. - Cornelio dijo que se llamaba.

TORREALBA. - Sí. ¿Por qué?

Abanderado. - No sé, el nombre me recuerda algo.

(El Abanderado escucha durante algunos segundos la lectura de la carta.)

ABANDERADO. - ¿Sabe por qué lo hice?

TORREALBA .- ¿Qué?

Abanderado.- Por qué lo escupí (Hace el gesto de escupir.) Porque me dio vergüenza.

TORREALBA. - ¿Vergüenza?

Abanderado.— Sí, cuando empezó a leer esa lista, no sé, parecía que me estuviera sacando las pilchas, el cuero, el pellejo, todo. Me sentí como un hueso al sol.

TORREALBA. - ¿Cuando se lo leyó mi teniente?

Abanderado.- Tenía algo en la voz ese futre, una especie de risa.

TORREALBA.- ¿Que no era cierto lo que decía?

ABANDERADO.— Cierto. Todo cierto. Y hay más todavía. Cuestiones que no se han sabido, que no han quedado en papeles ni en libros. Todo está hecho. Pero cuando él lo leyó... (Hace un gesto como si quisiera desprenderse de algo sucio.) Las cosas que iba leyendo, las vi todas juntas, de golpe. Y me pesaban encima. Si no hubiera tenido las manos amarradas, le rompo la cara.

Hombre III.- Ya, mi cabo, decídase.

Hомвre II.- Claro, qué le importa una horita.

HOMBRE IV.- Y ahí armamos la fiesta.

HOMBRE I.- Ésta es la hora cuando empiezan a animarse las cosas donde la Pepa de Oro.

Hombre II.- Sobre todo que ahora han llegado refuerzos.

González.- Es que no sería cumplir con las órdenes.

ALFÉREZ.- Las cumple, mi cabo, lo único que las cumple con un poco de atraso.

Hombre III .- ¡Decídase!

HOMBRE I.- Ni siquiera tenemos que desviarnos. La Pepa de Oro es a la bajadita de la balsa no más.

González.- ¿Y qué hacemos con el detenido?

ALFÉREZ.- Lo llevamos también.

González.— Es que lo hallo peligroso. Ya estuvo una vez ahí. Ahí fue donde lo agarramos. Claro que ese día no estaba la Pepa de Oro.

HOMBRE II. - ¿Qué no es la madre?

González.- Claro que es la madre, por eso mismo...

Hombre III. – Razón de más para que pase a despedirse.

González.- Claro, antes que se vaya a mejor vida.

(Todos celebran con risotadas.)

ALFÉREZ.- Decídase, mi cabo.

González.- Bueno, ya me convencieron. Pero un trago no más.

ALFÉREZ .- ¡Uno no más!

González.- Y después seguimos.

Remero. - (A lo lejos.) ¡Ahooora!... ¡Ahora!

ALFÉREZ.- Ésa sí que es la balsa.

Hombre II.-; Cuidado con los arcos!

ALFÉREZ. - Acarreen los instrumentos.

GONZÁLEZ.-; Torrealba!

Torrealba.- Mande, mi cabo.

González. – Vamos a ir a tomar un trago a la bajada de la balsa para quitarnos un poco el frío del sereno... Mira, si traemos las mantas empapadas.

ALFÉREZ.- ¡Vamos, mi cabo!

González. – Sígueme entonces con el detenido y, ten cuidado, acuérdate que es liebre saltona. No vaya a ser cosa que se tire al agua y nade hasta la orilla. No le despintes la vista cuando crucemos.

(Ya todos se alejan.)

TORREALBA. - Bien, mi cabo. (Pausa.) Vamos

ABANDERADO. - No quiero volver a esa casa.

TORREALBA. – Vamos a pasar a calentarnos el cuerpo no más. ¡Cuidado! Mire que está muy resbaloso. Déjeme que lo ayude.

ABANDERADO. - No necesito ayuda.

(Desaparecen hacia la balsa.)

REMERO. - ¡Ahora! ¡Ahooora!...

## ESCENA 4ª Donde la Pepa de Oro

(Se ve, a un tiempo, la fachada y parte del interior de la casa. La dueña del establecimiento está sentada en el centro. A sus pies, casi arrodillado en el suelo y con la cabeza hundida en la falda de la mujer está el Tordo. Por la pieza deambulan otras prostitutas. Traen vasos y botellas o bailan con alguna pareja o simplemente esperan. En un rincón, una cantante toca acordes en una guitarra, de vez en cuando Pepa de Oro bebe de una botella que hay junto a ellos.)

Pepa de Oro.—¡Grande era! Grandaza... La ponchera más grande que yo haya visto. Más grande que tu amistad. Y yo la quería más que lo que tú querías a tu amigo. Tan grande como un barco, y toda de cristal. Como un velero era, con las velas al viento y así (alza los brazos en un gesto amplio) como si estuviera navegando sobre la mesa... Pero cuéntame tus penas. Para eso estás aquí. Desahógate a ver si logras echar la pena fuera. Cuenta pues... Tenías un amigo ¿Y? Lo entregaste a la policía ¿Y? ¿Qué más? Habla, habla de una vez...

CANTANTE. - (Entona de pronto.) ¡Ay! Amor

Me queda una mariposa La otra me la llevaron Sobre una blanca rosa.

Pepa de Oro. – Son cosas que pasan, cosas... Una está aquí sentada en el salón, con los espejos de oro y los muebles colorados, una está aquí sentada escuchando cantar y diciendo que ya nada va a pasar... Y de un repente...

CANTANTE. - (Empieza a entonar y sigue cantando mientras habla Pepa de Oro.)

Ay! Amor

Me queda una mariposa

Etc

PEPA DE ORO.— Esa ponchera... era lo primero que había comprado, hace ya muchos años. Antes que los espejos y las camas para las niñas. La vi un día que fui a la ciudad, de cristal tras el cristal, y no sé... se me antojó que esa ponchera era mi barco. Cosas... el barco donde tenía que hacer navegar mi negocio. Cosas que pasan. Así como tú te acercaste a él para ser su amigo. Dentro cabían doce botellas de a litro. Yo misma las contaba. Doce, ni una más ni una menos, y al vaciarlas me parecía estar echando un río dentro del mar. ¡Y los duraznos! Una noche pelé más de medio ciento y los eché adentro, trozados, como islas con el corazón de pura sangre.

Y el azúcar y la malicia y un poco de amargo, porque sin amargo el trago no es nunca bueno... ¡Mírenlo, si de pura tonta la Pepa de Oro te está dando la receta de su ponche!

CANTANTE. - (Que ha seguido entonando.) Sus alas azul y verde

Perfumadas de jazmín No volverán a gozar Las flores de mi jardín.

Pepa de Oro.— Verde sí, sentí una rabia verde cuando llegué y me dijeron, para engañarme, para que no sufriera tanto, que la habían trizado... ¡Trizado! Rota estaba. Ahí, en mil, en diez mil, en requetecontra mil pedazos... Y no había por dónde empezar a recogerlos ni cómo pegarlos. Todas estas brutas los habían dejado en el suelo, ahí mismo donde se estrelló, y me pasé la noche recogiendo astillas, con los dedos sangrando y una pena adentro, una pena... Cuando los tuve juntos en un montón, no supe qué hacer. Te juro que algo se me rompió adentro. Como a ti ahora. Me habían roto mi barco, le habían quemado las velas... Como a ti ahora que lloras por lo que hiciste...

YALA. - (Que ha estado mirando por la ventana.) Parece que allá viniera alguien.

PEPA DE ORO.- ¿Quién?

YALA.- Es un grupo... Parece que fuera el cabo González.

PEPA DE ORO.— (Irguiéndose.) Llévense a éste para adentro entonces. No quiero que el cabo vea borrachos en mi casa... Y tú, tráeme una peineta... Rápido... (Súbitamente se cumplen sus órdenes. Dos mujeres arrastran hacia afuera al Tordo y otra trae una peineta y un espejo.) ¡Acuéstenlo! Pero no en las piezas... Se pueden ocupar más tarde. Llévenlo a la del fondo que está desocupada. (Aparecen los hombres, el Alférez y González, Torrealba y el Abanderado permanecen afuera. Cuando entran los hombres, las mujeres lanzan gritos de bienvenida.)

Yala.— (Llevando a González hacia un rincón.) Oiga, mi cabo, quisiera pedirle un favor. No le diga a la señora lo de la otra noche. Nosotras no nos atrevimos a contárselo. ¿No ve que no quiere saber nada con su hijo?

González.- Razón de más para que ella sepa ahora. Si ya está arrestado, no corre peligro.

YALA. – Pero va a saber que nosotras lo dejamos entrar. ¿No ve que le tenía prohibida la entrada? Ya van para los veinte años que no lo ve.

González.- Ni una palabra entonces...

PEPA DE ORO.— Pasen, pasen. Están como en su casa... A ver, niñas, vengan a atender a estos caballeros. (A la cantante.) Música... ¿Qué quieren servirse? Traigan una ponchera... (Se detiene compungida.) Me la quebraron, mi cabo. ¿Se acuerda esa ponchera de cristal que tenía? Me fui por un rato a la ciudad y quizás qué armaron éstas acá, porque cuando volví me lo tenían todo patas arriba y la ponchera hecha polvo.

González.- Son cosas que pasan.

PEPA DE ORO.— Cosas sí. (Reaccionando.) Pero no estamos aquí para llorar ¿no es cierto?, mi cabo. A ver, Estela, tráiganle un vasito del fuerte, del que le gusta a mi cabo... (A los demás.) ¿Y ustedes tan adornados? ¿Van para la Cruz de Mayo?

ALFÉREZ.- A la Cruza de Mayo, vamos.

PEPA DE ORO.- Miren que me gusta tanto la festividad que soy capaz de ir.

ALFÉREZ.- A La Calavera.

PEPA DE ORO.- ¡Eso es lejazo!

HOMBRE III. - ¡Anímese!

PEPA DE ORO.- A lo mejor me animo.

HOMBRE III .- ¡Véngase con nosotros!

PEPA DE ORO.- ¿De a pie?

Hombre II.- ¡Nosotros la llevamos en anda!

PEPA DE ORO .- ¡No soy nada de liviana!

HOMBRE II.- Entre todos...

Hombre I.- Y así nos va acompañando. Igual que el cabo González y el preso.

PEPA DE ORO.- ¿Cuál preso?

González. – Uno que llevamos a La Calavera.

PEPA DE ORO.- ¡A La Calavera! Debe ser gordo el pez que cayó. ¿Quién es?

González.- Usted no lo conoce.

(Grandes risotadas.)

Pepa de Oro.- De seguro. Si es preso, no lo conozco. A mi casa no viene más que gente respetable.

González. - ¡Como nosotros!

PEPA DE ORO.—¡Si usted lo dice! ¿Y dónde lo tienen?

González. - ¿A quién?

Pepa de Oro. – Al preso, pues.

González. - Afuera lo dejamos.

PEPA DE ORO.- ¿Solo?

González.- No, pues. Lo está cuidando mi ordenanza.

PEPA DE ORO.—¡Miren las cosas que da el ascenso! A ese ordenanza, ¿no lo van a dejar divertirse? González.— La suerte de los sometidos, pues. Todos pasamos por ahí.

PEPA DE ORO. – Pero un vaso de algo no le puede hacer mal, ¿no? (Llamando.) ¡Doris! Llévale un vaso de vino al policía que está afuera.

Doris. - ¿Para el lado de la calle?

PEPA DE ORO.- Búscalo tú.

Doris. - Bueno.

Pepa de Oro.- Pero encuéntralo, ¿ah? Y vuelves, mira que estos caballeros necesitan distracción... ¿No es cierto?

(Todos ríen. Y estalla una música alegre. Las luces decrecen en el interior y se ve a Torrealba y el Abanderado afuera.)

ABANDERADO. - ¿Sabe de quién es esta casa?

TORREALBA. - Sí.

Abanderado. - Hacía años que no volvía. Hasta que se me ocurrió el otro día.

TORREALBA. - Fue aquí donde lo agarraron, ¿no es así?

ABANDERADO. - Ni sé por qué vine. Me entraron ganas de repente.

TORREALBA. - (Con un gesto.); De volverla a ver?

ABANDERADO. - (Se encoge de hombros.) No sé.

(Aparece Doris con un vaso de vino.)

Doris. - Oiga... Venga para acá. Esto le mandan.

TORREALBA. - Gracias. Pero ando de servicio.

Doris.- ¿Y qué hay con eso?

TORREALBA. - No se puede.

Doris. - Tómelo no más.

Torrealba. - Un trago, para no despreciárselo.

Doris. - ¿No le gustaría irse a divertir adentro?

TORREALBA. - ¿Con usted?

Doris. - ¿Y por qué no, pues?

Torrealba. – Ganas no me faltan. Pero... otro día. Ahora tengo que quedarme acá. Son órdenes de mi cabo.

Doris.—¡Si viera al cabo! Ni va a saber que usted ha entrado... Véngase. Hay una puerta allá, por atrás. Lo voy a estar esperando. Ni siquiera lo verán entrar... ¿De verdad que no quiere tomar más trago?

TORREALBA. - De verdad.

(Doris sale. Torrealba se acerca al Abanderado.)

Torrealba. - Parece que la fiesta está que arde adentro.

Abanderado. – Lo mismo que cuando yo era cabro...

TORREALBA. - ¿ Qué?

ABANDERADO. - Cuando yo era cabro, metían la misma bulla. De noche. La metían siempre.

Torrealba. - ¿Que a usted lo tenían viviendo acá?

ABANDERADO. - ¿Y dónde si no?

Torrealba .- ¿Lo tenían todo el tiempo?

Abanderado. – Todo. De día, me dejaban con las putas para que ellas me cuidaran. Y de noche, me escondían.

TORREALBA.- ¿Lo escondían?

ABANDERADO.— Para que no molestara. Me subían al entretecho y ahí me dejaban toda la noche, hasta la mañana, hasta que se hubiera ido el último... A través de las tablas me llegaba la bulla, los gritos, la remolienda... Y a ratos también me llegaba el silencio. Esos silencios donde algo está pasando.

TORREALBA. - ; Y usted qué hacía?

ABANDERADO. - Esperaba. Escuchaba. Esperaba.

TORREALBA. - ¿ Oué cosa?

ABANDERADO. – Hasta que un día descubrí un rasgón en las tablas. Entonces ahí pegaba el ojo y miraba. El entretecho daba sobre la pieza de una de las putas. Y el rasgón sobre la cama. Una cama grande, deshecha siempre, con barrotes de bronce, como han de ser las prisiones... Y entonces yo pegaba el ojo y miraba.

TORREALBA.— ¿Y? (Hay en él una gran curiosidad. Luego explica.) Yo soy un poco lerdo en estas cuestiones. Me crié entre trenes. De ahí pasé al servicio.

ABANDERADO. - Es rejoven usted. ¿Qué edad tiene?

TORREALBA .- Ando en los diecinueve.

ABANDERADO. - A esa edad, hacía rato que yo ya me había ido.

TORREALBA .- ; Adónde?

ABANDERADO. - A recorrer. Por mi cuenta...

(Quedan silenciosos y vuelve a iluminarse el interior de la casa.)

GONZÁLEZ .- Oiga ...

Pepa de Oro.- ¿Qué le pasa mi cabo?

González.- ¿Y dónde está ese refuercito que me dice que fue a buscar?

PEPA DE ORO.- Adentro está, pues, y se la tengo reservada.

González.- Preséntemela.

PEPA DE ORO.- Llamen a la Sonia, que quieren conocerla...

ESTELA .- (Llamando.) Sonia... Sonia...

PEPA DE ORO.- ¿Y no quiere que haga entrar un rato a su ordenanza?

González.- Es un cabro apenas.

PEPA DE ORO.- Por eso mismo, pues. Les hace bien.

González.— Y además anda con plata. Le pagaron recién el sueldo. No ve que es nuevo... (Sonia se acerca.)

Pepa de Oro.- La plata es para gastarla, mi cabo...

González.- (Viendo a Sonia.) Mucho gusto, pues, mucho gusto. Así es que usted es nueva por estos lados.

Sonia.- Llegué anteayer.

GONZÁLEZ .- ¿Del Norte?

Sonia.- No. De Valparaíso.

González. - Ah... ¿Y dónde trabajaba allá? Conozco mucho por esos lados.

Sonia.- No, si allá yo no trabajaba. Quiero decir que no trabajaba en esto.

González.- ¿Y por qué se vino para acá entonces?

Sonia. – (Después de una pausa. Un recuerdo súbito le llena los ojos de lágrimas.) Me enamoré. González. – No ve, pues. Las cosas que hace el amor. Pero no sé le de nada. Yo la voy a consolar.

(Mientras Sonia se aleja con González las luces vuelven a decrecer.)

ABANDERADO. - Oiga, Cornelio... Me dijo que su nombre era Cornelio, ¿no?

TORREALBA.- Así es.

ABANDERADO.- Hace un rato... ¿Por qué hizo eso?

TORREALBA .- ; Qué?

ABANDERADO.- En el embarcadero. ¿Por qué me tendió la mano?

TORREALBA. - ¿Cuando le hablé?

Abanderado. - Sí, eso y... ¿por qué lo hizo?

TORREALBA.- No sé.

Abanderado. – No tengo la costumbre.

TORREALBA.- ¿De qué?

ABANDERADO.— De que me tiendan la mano. Yo siempre he sido solo y desde chico me las valía por mí mismo. Desde que me encerraban allá arriba, entre las vigas. Me lo pasaba escuchando los cantos y rumiando...

TORREALBA. - ¿Qué cosa?

ABANDERADO. – La penas, pues. Las que se rumian solo. Y después cuando me fui...

(Aparece Pepa de Oro en la puerta.)

Pepa de Oro. – Oiga, acérquese.

TORREALBA.- ¿Quién llama?

Pepa de Oro.- ¿Le trajeron un vaso de vino?

Torrealba. - Sí. Gracias.

Pepa de Oro. – Acércate.

Torrealba. - No estoy nada solo.

PEPA DE ORO.- ¿Que no es preso el otro?

TORREALBA. - Sí.

PEPA DE ORO.- ¿Y no está amarrado?

TORREALBA. - Así es.

PEPA DE ORO. - Acércate entonces. ¡Acércate! (El hombre obedece.) ¡Cómo te llamas?

TORREALBA. - Torrealba. Cornelio Torrealba.

PEPA DE ORO. - Anda a divertirte adentro, Cornelio ¿No andas con plata?

TORREALBA. - Es que mi cabo me mandó que me quedara aquí.

PEPA DE ORO.- ¿No andas con plata acaso?

Torrealba. - Algo me queda.

PEPA DE ORO.— ¿En qué te dilatas entonces? Deja al preso seguro y vente para adentro. Adentro te están esperando.

TORREALBA. - ¿Quién? ¿La que me trajo el vaso de vino?

Pepa de Oro.— ¿Te gustó la Doris? Ésa es la que te está esperando... me lo dijo ahora recién. Me dijo: Vaya para afuera y dígale que lo estoy esperando, que empuje la puerta no más. Es la segunda a mano izquierda, en el pasillo.

Torrealba. - Pero es que...

Pepa de Oro.- ¡No hay peros que valgan! Entra y yo te cuido al preso mientras tanto.

TORREALBA .- ¿Usted?

PEPA DE ORO. - Claro. Déjeme la carabina. Aquí me voy a sentar y si lo veo moverse...

TORREALBA. - ¿Pero qué irá a decir mi cabo?

Pepa de Oro.—¿Y quién le va a ir a contar? No se está divirtiendo él acaso... Entra, mira que a la Doris no le gusta esperar.

TORREALBA. - ¿Es cierto que le dijo eso?

Pepa de Oro.— La segunda a mano izquierda. (Lo empuja hacia adentro. Ella queda con la carabina entre las manos. Hablándole al Abanderado de lejos.) ¡Eh, tú! No se te vaya a ocurrir moverte. Acuérdate que tengo esto... (Muestra la carabina.) Lo mejor es que te quedes tranquilo y hasta soy capaz de darte un trago más rato si no me das disgustos...

(Se sienta, Deja la carabina a su lado. Empieza a contar un falo de billetes. Ha traído una botella de la cual bebe de vez en cuando. Pepa de Oro y el Abanderado están separados por una gran distancia. Y se hablan a través de ella.)

PEPA DE ORO.— Diez, veinte... menos mal que aquí está más fresco. Ese aire que viene del río... cien, ciento cincuenta. Adentro está caldeado. Si parece que a una se le llenan los pulmones de humo cuando respira... trescientos, trescientos veinte... Parece que conté mal (Vuelve a beber. El Abanderado se yergue.) ¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

ABANDERADO. - A ninguna parte.

PEPA DE ORO.- ¿Por qué te mueves entonces?

ABANDERADO. - Para estirarme un poco.

PEPA DE ORO.- ¿Te traen de muy lejos?

Abanderado. - Sí.

PEPA DE ORO .- ¿Y también te llevan a La Calavera?

ABANDERADO. - Sí.

PEPA DE ORO.- Sí, sí... Me parece conocida.

ABANDERADO. - ¿Qué cosa?

PEPA DE ORO.— La voz. ¿Te conozco? Aunque eres preso y yo no conozco a los presos. ¿Te conozco acaso? (Durante un segundo, y separados por la misma distancia, ambos miran. Desde adentro, muy lejos, se escucha la melodía y las palabras de la canción. Pero luego el Abanderado rompe la quietud, negando con la cabeza.) ¿Entonces por qué te quedas ahí, parado, mirándome así?

ABANDERADO. - ¿Cómo?

PEPA DE ORO.- Como si me fueras a reconocer. No me gusta que me confundan.

Abanderado. - No la confundo.

PEPA DE ORO.— (Riendo.) ¿Y no te gusto? ¿Me hallas vieja? Ándate para adentro entonces. Allá están los jóvenes. (Vuelve a beber.)

ABANDERADO.- Me quiero quedar aquí.

PEPA DE ORO.— Quédate entonces. (Mostrando el dinero.) Pero es mío. No se te vaya a ocurrir avivarte... (Cuenta en silencio y, de pronto, en forma casi instintiva, toma la botella y bebe.) ¿Quieres un trago?

Abanderado. - Ando con las manos amarradas.

(Pepa de Oro toma la botella y cruza hacia él. Acerca la botella a sus labios y él bebe con fruición.)

PEPA DE ORO.—¡Me gusta ver a un hombre tomar de una botella!¡Si parece que se la fuera a tragar!
¿Sabes? Así es como los distinguía yo: los que eran hombres y los que no. Les pasaba una botella ¡Toma! les decía y los miraba cómo apretaban la boca al gollete, cómo se atropellaban...¡Si parece que se iban a ahogar! Y después la dejaban, de golpe, sin derramar una gota y se limpiaban la boca con la mano... (Él ha dejado de beber y la mira. La palabras de ella disminuyen en potencia y vitalidad. Por un instante lo mira intensamente.) Así era... cómo... los distinguía... (Pero luego, rechazando el pensamiento, vuelve a acercarle la botella a los labios. Él bebe con glotonería, como escudándose en el gesto.) ¡Tú parece que aprendiste desde niño! (Y comienza a reír. Él la imita, como si tratara de acercarse a ella. Pareciera que a través de la risa van a encontrarse. Pero súbitamente ella se aleja.) ¡Por qué andas preso? (Él se encoge de hombros y le da la espalda.) ¡Robaste?

ABANDERADO. - Sí.

Pepa de Oro.— Sí, sí, sí... Yo conocí a uno que siempre decía sí cuando le preguntaban algo. Siempre sí, y después hacía lo que se le antojaba... (Ha vuelto a su lugar y comienza nuevamente a contar.) Se fue lejos... ¡Quieres otro trago?

ABANDERADO. - (Mostrando con un gesto sus manos amarradas.) ¿Cómo?

Pepa de Oro.— Acércate entonces. (Él obedece y cruza hacia ella. Esta vez la mujer acerca la botella a sus labios con gran dulzura.) Y ahora vuélvete allá. Déjame sola que estoy sacando las cuentas.

ABANDERADO. - ¿Y no puedo quedarme aquí?

PEPA DE ORO.— (Se encoge de hombros. Él se sienta cerca de ella. Ella sigue contando.) ¿Te duelen las manos?

ABANDERADO.- Un poco.

Pepa De Oro. – Apenas dos mil quinientos. ¡Y así quieren que una viva! Todo cuesta ahora y todo parece que se va perdiendo más luego.

Pepa De Oro. (Después de un rato durante el cual vuelve a escucharse la canción que viene de adentro.) Todas las noches me siento aquí y me pongo a contar los billetes. Uno a uno... Antes los tiraba dentro de la caja del té y de ahí iba sacando a medida que necesitaba. Dicen que cuando uno se va a morir, se pone a contar cosas.

Abanderado. – Así dicen. Uno se pone a pensar hacia atrás. A buscar.

PEPA DE ORO.- ¿A buscar qué?

Abanderado. – Algo para llevarse. Nadie se quiere ir solo. Algo bueno.

Pepa de Oro.— ¡Bueno! ¿Y qué va quedando de bueno? Todo se triza, todo se rompe, todo se pierde. Uno siente cuando la muerte se acerca. Hay como un ruido en el aire.

Abanderado. - Como el pitazo de un tren.

Pepa de Oro.— Sí, eso es. Como uno de esos pitazos que se cuelan por los postigos a la hora en que mis niñas están durmiendo la siesta. Agudos son y no dejan pegar los ojos.

Abanderado. – Es el ruido de la bala.

PEPA DE ORO.- ¿De cuál bala?

ABANDERADO. - De la con que me van a disparar.

PEPA DE ORO. - ¿Te van a matar?

ABANDERADO.— Esta mañana, cuando me leyeron todas las cosas que había hecho, empecé a escucharlo... Ese ruido, el pitazo... y supe que me iban a matar. (De pronto.) Tengo miedo. (Súbitamente se refugia en la falda de la mujer. El primer impulso de la Pepa de Oro es abrazarlo. Pero se retiene. Piensa luego alejarlo; pero también deshace su gesto y, sin tocarlo, le habla.)

Pepa de Oro. – Tranquilo, tranquilo... Cuéntame lo que te pasa, cuéntame... ¿Te duelen mucho las manos? Mira... si las tienes desgarradas con la soga. ¡Hay que ver los animales!... Voy a soltártelas un poco, nada más que un poco. Pero me vas a prometer ¿ah? Me vas a prometer... (Y sigue hablando en tonos inaudibles.)

ABANDERADO. – (La mira mientras afloja la amarra.) ¡Por qué nunca antes...?

PEPA DE ORO.- ¿Qué?

ABANDERADO. - Antes. Nunca.

PEPA DE ORO. - ¿Estás mejor así?

ABANDERADO. - Sí.

PEPA DE ORO. - Cuenta ahora. Echa la pena afuera. Es lo mejor. Echala y cuéntame...

ABANDERADO. – Esta mañana me dio miedo, traté de buscar algo mientras el futre hablaba. Algo distinto en qué pensar. Algo que no me recordara lo que él estaba diciéndome. Algo que yo hubiera hecho y que no estuviera escrito en ese papel. Algo que yo no más supiera. Algo limpio... Pero no había nada...

PEPA DE ORO.- Son cosas...

ABANDERADO.- Ni una sola vez... nada.

Pepa de Oro.— Yo me vengo a sentar aquí todas las noches y miro... miro lo que he dejado, lo que ahora tengo. Todo lo veo igual, igual a lo que llevo adentro. El alma tiñe...

ABANDERADO. - Eso será.

Pepa de Oro. – El alma tiñe las cosas del mismo color que ella tiene. Y por más que una busca... busca, busca, es como estar en una pieza oscura, con espejos oscuros, mirándose y viendo nada más que lo oscuro.

ABANDERADO. - Eso es.

PEPA DE ORO.— Pero a veces ¡antes! Me acordaba. Tenía ahí en la pieza al lado algo que me hacía olvidar todo lo demás. Era limpia, clara como un trozo de estrella, y con solo recordarla, se disipaban todas las oscuridades. Pero se rompen tantas cosas. Una ponchera hecha harina. El barco que se hunde. Y la oscuridad que vuelve, que se queda.

Abanderado. – Que se queda y trae miedo.

PEPA DE ORO.- ¿Miedo? ¿Será el miedo?

ABANDERADO. – Cuando leyó las cosas que estaban escritas en ese papel, me dio miedo. Miedo como ese día cuando era niño y usted me soltó la mano para mostrar la ponchera...

PEPA DE ORO. - ¿De qué estás hablando?

ABANDERADO. - De esa tarde, en esa calle, cuando usted la descubrió en la vitrina...

PEPA DE ORO.- No entiendo nada.

Abanderado. – Y de repente me soltó la mano... Y me dejó solo. Sí. Y yo sentí un ruido, un ruido como el de esa bala que me anda buscando.

PEPA DE ORO.- No entiendo nada. No quiero saber más.

ABANDERADO.— Y volvimos. Usted con la ponchera entre los brazos y yo atrás, solo... Me dijo que subiera al entretecho, que esa noche iban a celebrar, que no bajara, que no bajara nunca más...

PEPA DE ORO.— (Interrumpiendo con un grito.) ¿Por qué me cuentas cosas que parece que me fuera a acordar? No quiero volver para atrás... No quiero acordarme nunca más... ¡No quiero! ¡No quiero! (Hay un instante de silencio durante el cual ambos se miran y luego viene de adentro la melodía y ella algo triza en el aire. Pepa de Oro vuelve a beber. Y su gesto cambia, su voz también, es nuevamente la prostituta.) ¡Tú estás de paso aquí, como todos! Háblame como ellos, dime nada más que lo que ellos me dicen.

ABANDERADO. - Entonces déjame estar aquí, callado.

PEPA DE ORO.- Como quieras.

ABANDERADO.- Callado, aquí afuera, al aire...

(Inclina su cabeza sobre la falda de la mujer. La mano de la Pepa de Oro, instintivamente sube hacia los cabellos, pero se retiene. Deja caer los brazos a lo largo del cuerpo y, después de algunos segundos comienza a cantar. Su voz, fría en un comienzo, poco a poco va tomando las entonaciones de alguien que arrulla un niño.)

PEPA DE ORO. - Sus alas azul y verde

Perfumadas de jazmín No volverán a gozar Las flores de mi jardín. ¡Ay, amor! Me queda una mariposa La otra me la llevaron Sobre una blanca rosa

(Desde el interior se escucha la voz del Tordo que llama.)

TORDO.—¿Dónde se han metido todos? ¿Por qué me dejaron solo? ¿Por qué me dejaron durmiendo allá adentro?... Me desperté allá adentro, solo en esa pieza vacía. Me desperté, pero siempre parecía que estaba soñando. Miré el techo. Había un rasgón en las tablas. Me pareció que por ahí me miraban. Un niño me miraba. Me acusaba porque yo lo iba a entregar a él, porque yo iba a entregar a mi amigo... (Sale de la casa y divisa a la Pepa de Oro que aún permanece sentada con el Abanderado en su regazo.) ¿Por qué me dejó solo? Me había prometido...

(Al escuchar la voz, el Abanderado se yergue de un salto.)

ABANDERADO. - Desgraciado...

Pepa de Oro.- Cabo González... Cabo González.

(Los hombres se miran como dos animales prontos a atacarse. De un solo movimiento, el Abanderado se desprende de la soga y traba una lucha cuerpo a cuerpo con su contrincante. Al escuchar ruidos, de la casa emergen los otros hombres, y las mujeres a mitad vestidas. Se produce una gran confusión.)

GONZÁLEZ .- (Desde adentro.) ¿Qué pasa?

Doris.- ¡El Tordo y el Abanderado!

YALA.- Se encontraron...

ESTELA.- Hay que separarlos...

Hombre I.- Cuidado que pueden estar armados.

González .- (Desde adentro.) ¡Torrealba!

YALA .- (Con un grito.) ¡El Tordo tiene un cuchillo!

(El Tordo se lanza sobre el Abanderado y lo hiere en la mano.)

ABANDERADO. - Desgraciado...

TORDO.— (A González que acaba de aparecer.) ¡No te acerques! Un paso y te marco... (Mientras lo mantiene a distancia con el cuchillo.) Ahora, mi cabo... ¡Agárrelo ahora!

(Los hombres rodean al Abanderado en semicírculo. Se van acercando. El preso busca por dónde arrancar. Pero no halla.)

ABANDERADO. - ¡Cornelio!

(Los hombres caen sobre él, lo agarran.)

González. - (A Torrealba que aparece en ese instante.) ¡Torrealba!

TORREALBA. - Mande, mi cabo.

González. - ¿Dónde te habías metido? Amarra al preso y sigamos... ¡Sigamos!

(Torrealba obedece y llevan al preso hacia el camino. Al pasar frente a la Pepa de Oro, se detiene un instante. Ambos se miran.)

Pepa de Oro.— (Con una angustia casi insoportable.) Llévenselo... Llévenselo... Llévenselo de una vez... ¡Llévenselo! (Los hombres salen. Ella permanece sólo con las prostitutas. Se domina y ahora les grita con voz entera.) Y ustedes para adentro... Para adentro, les digo.

Fin de la primera parte

#### SEGUNDA PARTE

## ESCENA 1ª En la plaza de La Calavera

(Están llegando los diferentes bailes que van a tomar parte en la procesión. Fuera de los curiosos que se han reunido, de los comerciantes ambulantes y de los vecinos en general, está el baile del pueblo de La Calavera con su alférez (Alférez Primero) que recibe a los que arriban. Hay gran animación. Gritos de vendedores. Revolotear de personas. Y ya se ven, llevadas en andas, algunas de las imágenes para la procesión; las cruces vestidas, el Cristo de doña Paula Bernal con el corazón al aire y una imagen de la Virgen del Rosario prestada por otra vecina. Luego aparecen algunos hombres precedidos por su alférez (Alférez Segundo.) Proceden a saludarse.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Cómo está, mi buen alférez,

Cómo está, cómo le va, Me alegro de verlo bueno Sin ninguna novedad.

ALFÉREZ DE COLIGÜE.- Vengo bien, mi buen amigo

Lo digo de corazón
El Baile de Coligüe Bajo
Les hace saludación.

Alférez de La Calavera. – Muchas gracias, buen alférez, Cantando por lo sublime

Este simple hermano suyo
Les hace un saludo muy simple.

ALFÉREZ DE COLIGÜE. - Está bien, mi buen amigo,

De acuerdo completamente Al Baile Calaverino

Hoy lo saludo igualmente.

Alférez de La Calavera. – Agradecido, mi alférez, Yo le canto a lo profano,

Es cortito mi saludo: ¿Por qué no nos damos la mano?

Alférez.- Coligüe. Está bien, mi buen amigo

Es deseo muy humano La mano a mí me conviene

También estoy atrasado.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.— Muchas gracias, buen alférez
De un confín a otro confín,

Aquí doblo mi bandera Vengan sus cinco jazmín.

(Se dan la mano y se abrazan. Otro tanto proceden a hacer los otros integrantes del baile.)

MUJER I.- Mire, señora, allá viene el Tordo.

MUJER II .- ¡Santo Dios! El aspecto que trae.

MUJER I.- Hay que avisarle al señor cura. Capaz que se le ocurra mezclarse a la procesión.

MUJER II.- ¡Qué se le va a ocurrir! ¿Qué no ve que anda curado?

Mujer I.- Razón de más, pues.

MUJER II.- Dicen que anda curado desde el día que entregó a su amigo.

(El Tordo se ha acercado al vendedor y comienza a intrusear la mercadería.)

VENDEDOR.- Ya pues, ya pues... Déjeme tranquila la mercadería.

Tordo.— ¿Y no tengo derecho a mirar acaso? Para eso ando con plata... Puedo comprar lo que se me antoje.

VENDEDOR.- Pero no ve que ensucia todo...

Tordo.- Se lo pago. Para eso ando con plata.

Mujer.- La plata que le dieron los policías será...

TORDO. - Ésa, pues. ¿Y qué de malo tiene? Es plata como la otra.

Mujer II.- No le hable mejor, señora.

TORDO.— (Remedándola.) No le hable mejor señora... ¿Y por qué no me había de hablar si tiene ganas? ¡Los invito a todos! A todos los invito un trago... Tengo plata para todos.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Mejor que siga, oiga. Si no, vamos a llamar a los guardianes.

TORDO.— Los guardianes son mis amigos... ¡Y ustedes también! Vengan a tomar un trago para festejar esta fiesta de La Calavera... ¿No se llama así este pueblo? Yo también quiero celebrar la fiesta de la Cruz de Mayo en La Calavera... Pero no se vayan... No me dejen solo... ¿Que no ven que no quiero quedarme así? ¡Quiero invitar a los amigos!

MUJER III. - ¡Quédese callado, mejor! ¡Usted no es amigo de nadie!

MUJER I.- ¡Cállese!

Mujer II.- Ya, no moleste más.

Tordo.- Plata tengo... la que quieran... No me dejen solo... No dejen a un amigo solo... Plata hay.

Toda la que quieran...

Mujer VI. – Déjenme a mí. Yo me voy a ocupar de él. Yo no le hago asco a ninguna plata. Vamos... (Salen.)

(Aparece otro baile, precedido siempre por un Alférez de Peñas Blancas.)

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS.- Vengo tarde, buen amigo

Por el libro tan sagrado Bien me puede perdonar Que haya llegado atrasado.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA.- No importa, mi buen alférez,

La Jerusalén ingrata, Dentro de la devoción

A cualquier cantor le pasa.

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS. - Conforme, mi respetado

Y en mi mente escrito está A usted y a sus vasallos Le pedimos la pasá.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Al instante, buen alférez,

Se la doy con prontitud Pa'que vaya a dar saludo A la santísima cruz...

(De pronto los saludos se interrumpen. Un murmullo recorre la concurrencia: "El Abanderado... El Abanderado..." y la multitud se abre para dejar pasar a González y Fuenzalida que llegan con el Abanderado. González se acerca a uno de los vendedores. Éste de inmediato saca del bolsillo unos papeles.)

Vendedor. - Aquí tengo el permiso municipal y la patente y mis papeles en orden.

González. - ¿Para qué lado queda la Comisaría?

VENDEDOR.- Yo no soy nada de acá. Vengo a vender no más.

González.- Pero sabrás donde queda la Comisaría.

Vendedor. – Vengo por el día y... (Al ver la expresión de González.) Para ese lado, creo que queda. González. – ¿Lejos?

Vendedor. - Regular. Hay que seguir derecho y después doblar.

González.- Mejor que nos acompañes.

VENDEDOR. - Pídale a otro... pues, mi teniente. ¿No ve que me va a echar a perder el negocio?

González. - Vamos caminando. Nos llevas y te vuelves...

(Protestando el vendedor sale llevándose su mercadería. También se van González, Fuenzalida y el Abanderado. Queda en el aire un cierto desasosiego.)

ALFÉREZ DE PEÑAS BLANCAS. - Está bien, mi respetado

Ya pasó el incidente
Para ir a la santa cruz
Deme paso pa'mi gente.

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Con gusto, mi buen alférez,

Pongo el pueblo por testigo, Yo le voy a dar la mano A un fiel y querido amigo.

(Y mientras empiezan a saludarse, los demás bailes inician sus danzas y la procesión se organiza.)

#### ESCENA 2ª

### En la Comisaría de La Calavera

(González cuadrado frente al teniente Donoso. Tras él se encuentra Fuenzalida con el Abanderado.)

Donoso.- En mal momento llegaron a esta comisaría.

González.- Lo mismo digo yo, mi teniente.

Donoso. - ¡Qué idea hacerlos llegar el mismo día de la Cruz de Mayo! Apostaría que fue Bruna el que dio la orden.

GONZÁLEZ.- Él fue, mi teniente.

Donoso.-; Claro!

González.- Y le mandó esto.

Donoso. – Una carta. Típico de Bruna. Miren que mandar una carta en vez de un parte policial. (*Mientras rompe el sobre.*) No pudo escoger peor día. El pueblo está que hierve y hay que embarcar al detenido esta misma tarde.

González.- ¿Embarcarlo, mi teniente?

Donoso. - En el tren de las siete. (Mira al Abanderado.) ¿Qué te pasa?

ABANDERADO. - Nada.

Donoso.— ¿Para qué te mueves entonces? Quédate quieto. Aquí te vamos a enseñar que hay disciplina. No como en otras partes. Veamos lo que dice Bruna... ¡Una carta! Si debiera archivarlas. (Empieza a escucharse el ruido de campanas que van aumentando a través de la escena.) ¿Las campanas, ahora? Lo único que faltaba... Cuando al cura le da con las campanas... (Llama.) ¡Riquelme!

RIQUELME. - (Entrando.) Mande, mi teniente.

Donoso. - ¿Saldría ya la patrulla?

RIQUELME. - Voy a preguntar, mi teniente.

Donoso. – Que no dejen de echar un vistazo a las calles laterales. Siempre hay pillaje en estos días... ¡Esas campanas! Riquelme...

RIQUELME. - Mande, mi teniente.

Donoso. - Dígale al sargento que destaque dos hombres para que acompañen la procesión

hasta la misma cruz. Nunca deja de haber molestias a la subida del cerro. Parece que los genios se exaltan con tanto subir y bajar lomas. (Dándose vuelta hacia González.) Así es como se organiza un cuartel, mi cabo. ¿Se da cuenta? Aquí hay organización, disciplina... Veamos lo que me cuenta Bruna en su carta...

González.- Mi teniente...

Donoso .- ¿ Oué hay?

González.- Mejor sería que no la leyera delante del detenido.

Donoso.- ¿Y quién te pregunta lo que debo hacer?

González.- Lo digo por... por lo que pasó con mi teniente Bruna.

Donoso.- ¿Qué pasó?

González.- Lo... lo escupió, mi teniente.

Donoso.— (Riendo.) ¡Lo escupió! Ésas son cosas que le pasan a Bruna no más... Vamos a ver, mi cabo, si conmigo se atreve. Vamos a ver. (Leyendo.) Juan Araneda López alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado: de asalto y robo en San Alfonso. De robo a mano armada en los pueblos de Ritoque, Mauco y Pachacama. Y de otras ofensas que aquí van anotadas. Con fecha veinticuatro de enero recién...

(A medida que habla, las luces van decreciendo en intensidad. La voz se va distanciando y el sonido de las campanas aumenta... Las luces se concentran sobre el rostro del Abanderado.)

ABANDERADO.— Fue en la tarde... poco antes que pasara el tren de las siete... Y también había campanas... (Sobreviene una oscuridad total durante la cual continúa escuchándose el ruido de las campanas. Al volver la luz, se descubre un trozo de campo. Es el atardecer y dos hombres están sembrando sobre una altura. En un plano más bajo, Cornelia lava ropa y canturrea.)

CORNELIA.- Yo me subí a un alto pino

Por ver si te divisaba

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba... (bis)

PRIMER CAMPESINO. - ¿Que no son las campanas ésas?

Segundo campesino. - Campanas parece que fueran.

PRIMER CAMPESINO. - Ni me había dado cuenta...

Segundo campesino. – El sol está que se pone.

(Dejan de laborar y empiezan a recoger sus aperos.)

PRIMER CAMPESINO .- ¡Eh... Cornelia!

Segundo Campesino. - ¡Cornelia! ¿Sorda la cabra, ah?

PRIMER CAMPESINO. - ¡Cornelia!

CORNELIA .- ¿ Qué hay?

PRIMER CAMPESINO.— ¿Te vuelves con nosotros?

CORNELIA.- Me falta el mantel.

Segundo Campesino. – Mejor que te vuelvas. Después se viene la noche.

CORNELIA.- No he terminado.

PRIMER CAMPESINO. - ¿Te vas a quedar aquí?

CORNELIA.- Hasta que termine no más.

SEGUNDO CAMPESINO. - ; Sola?

CORNELIA. - ¿Y con quién si no?

PRIMER CAMPESINO. - Ya sabes que este lugar no es seguro.

CORNELIA. - ¿Por qué si el agua no trae corriente?

PRIMER CAMPESINO. – Miren la diabla... Por el Abanderado, pues.

Cornella.— ¿Y qué me van a hacer a mí? (Los hombres ríen.) No soy nada rica. (Los hombres ríen más fuerte.)

Segundo Campesino. - ¿Quién sabe?

PRIMER CAMPESINO. – Nosotros no hemos probado.

Segundo Campesino. – No vaya a ser cosa que se le ocurra platicar.

CORNELIA .- ¿A quién?

SEGUNDO CAMPESINO. - Al Abanderado.

Cornelia. Le contesto, pues.

Segundo Campesino. - Ya, vente con nosotros.

CORNELIA. – Todavía no he terminado de lavar y me dijeron que llevara todo limpio.

PRIMER CAMPESINO. - Mañana sigues.

Cornella.- Mañana el río ya no trae la misma agua.

Segundo Campesino. - Ésta tiene contestación para todo.

PRIMER CAMPESINO. – Bueno, si no quieres venirte te dejamos.

CORNELIA. - Detracito me voy.

SEGUNDO CAMPESINO. - De todos modos queda el Gavilán.

CORNELIA .- ¿Dónde anda?

Segundo Campesino. – Persiguiendo perdices debe andar. Pero si le silbas, viene.

CORNELIA. - Váyanse no más. Yo no me dilato nada.

(Los hombres salen. Cornelia empieza a canturrear. De vez en cuando mira hacia los lados como si supiera que alguien va a aparecer. A los pocos segundos aparece el Abanderado tal como fue descrito al comienzo de la obra por Cornelia, con un pañuelo blanco amarrado en torno a la cabeza.)

CORNELIA. - (Cantando.) Yo me subí a un alto pino

Por ver si te divisaba,
El pino como era verde
De verme llorar, lloraba. (bis)
En el pino me decía
Qu'en llegar te demorabas
El pino como era verde
De verme llorar, lloraba. (bis)
Yo me quedé en ese pino

Sabiendo que no llegabas

El pino como era verde

De verme llorar, lloraba. (bis)

(El Abanderado se ha acercado a ella.)

ABANDERADO. - ¿Estás esperando a alguien?... Contesta: ¿a quién estás esperando?

CORNELIA. - Si era canción no más.

ABANDERADO. - ¿Y qué andas haciendo por estos lados?

CORNELIA.- Lavando.

ABANDERADO. - / Tan tarde?

Cornelia. - Es que me atrasé.

ABANDERADO.- Ya todos se han vuelto.

CORNELIA .- ¿Cómo lo sabe?

ABANDERADO. – Porque los vi por el potrero. Hace rato que se fueron los demás y los dos que estaban acá... ¿Y quién te manda preguntar cosas a ti? Eres demasiado cabra para preguntar nada.

CORNELIA. - Ando en los quince.

Abanderado. - No pareces tanto... A ver, acércate.

CORNELIA. - ¿Adónde?

ABANDERADO.— Aquí, pues. ¿Adónde va a ser? (Ella obedece.) Eres menos delgada de lo que parecías... Acércate otro poco. ¡Acércate, te digo! (La toma por la muñeca y la acerca a sí.) ¿Cómo te llamas?

CORNELIA. - ¿Por qué?

ABANDERADO. - Para decirte por el nombre.

CORNELIA.- Cornelia.

ABANDERADO.— (Como si el nombre lo obligara a soltarle el puño.) Cornelia... No conozco a nadie que se llame así.

Cornelia. - Es el nombre de mi padre.

ABANDERADO. - ¿Eres de por aquí?

Cornelia.- De allá, del otro lado del cerro.

Abanderado. - Está relejos tu casa entonces. Se te va a hacer noche antes que llegues.

CORNELIA. - Así va a ser.

ABANDERADO. - Te vas a tener que ir yendo entonces.

CORNELIA.- No. Todavía no. No he terminado el lavado.

ABANDERADO. - ¿Y no te da miedo?

CORNELIA .- ¿De qué?

Abanderado. - Qué se yo... De quedarte aquí sola.

CORNELIA.- Ando con el Gavilán. Si silbo, viene.

ABANDERADO.- A ver, silba.

CORNELIA. – (Titubea durante algunos segundos y luego confiesa.) No sé.

ABANDERADO. - ¿Quieres que lo llame yo?

CORNELIA.- No.

ABANDERADO. - ¿Por qué?

Cornelia.- Porque no tengo miedo.

(Él la mira durante un segundo, dudando si su inocencia es coquetería o verdaderamente inocencia.)

ABANDERADO. - ¿Sabes cómo me llamo?

CORNELIA. - Sé cómo le dicen. Abanderado, ¿no es cierto?

ABANDERADO. - Abanderado. Ése es mi nombre. No tengo otro.

CORNELIA. - Sí, así es como le he oído nombrar.

ABANDERADO.- Me conoces entonces.

Cornelia.— Lo he visto cruzar la loma.

Abanderado. – Y ahora me estabas esperando aquí... (Imperativo.) ¡Contesta! ¿Me estabas esperando? Connella. – Sí.

ABANDERADO. - ¿Para qué?

Cornelia.- Quería verlo. De cerca.

ABANDERADO. – Acércate más entonces. ¡Acércate! ¿Qué no ves que soy yo el que te lo estoy diciendo?

(Ella avanza con toda naturalidad hacia él. Pero el aire está tenso, la atmósfera cargada. De pronto suena el pitazo de un tren. Se inmovilizan.)

CORNELIA. - El tren de las siete.

ABANDERADO.- No me gusta ese ruido.

CORNELIA .- ; Por qué?

ABANDERADO. - Parece que me fuera a llevar lejos.

CORNELIA.— Es la hora en que me asomo para mirarlo, me paso todo el día trabajando en una pieza oscura... Pero no importa, porque a esa hora yo sé que usted pasa.

ABANDERADO.- Galopo para no oírlo. Nunca me ha gustado ese ruido.

Cornella.— No es más que un tren. (Súbitamente rompe la inmovilidad.) Venga, venga a verlo.

Desde acá se divisa. Venga... (Ahora es él quien obedece y se coloca a su lado, sobre una altura, desde donde miran el tren.) Allá va... ¿Lo alcanza a ver? Allá, bordeando el cerro...

Dicen que ese tren va hacia el mar, ¿usted lo conoce?

(Él ha estado observando a la muchacha por la espalda y súbitamente ella se da vuelta y lo enfrenta con su pregunta.)

ABANDERADO.- (Sin haber escuchado la pregunta.) ¿Qué?

CORNELIA.- Le pregunto si conoce el mar. Yo nunca he llegado más allá del río. ¿Cómo es?

Abanderado. – Es como el río. Pero más grande. No se ve el otro lado. (*Transición súbita.*) Volvamos allá abaio. Allá se está meior.

(Descienden en silencio. Al llegar al sitio donde antes estaban, ella se separa dirigiéndose hacia el montón de ropa. Quedan a ambos costados del escenario.)

ABANDERADO.- ¿Adónde vas? Vente para acá...

Cornelia. - Tengo que terminar el mantel.

Abanderado. - ¡Vente para acá! Quiero que te estés aquí conmigo.

CORNELIA.- Tengo que terminar...

Abanderado.— (Súbitamente fiero.) Ven, te digo... (Y cruza para obligarla, pero Cornelia súbitamente lanza el mantel al aire y lo extiende entre los dos.)

Cornelia. - Tengo que terminar el mantel.

(Ahora ambos están separados por el mantel. Ella se arrodilla junto al mantel y el Abanderado hace otro tanto.)

CORNELIA.- Así me imagino las velas de los buques.

ABANDERADO. - ¿De cuáles?

CORNELIA.— De esos que dicen que hay en el mar. A veces, cuando lo veo a usted pasar por la loma, pienso en el mar. Ese pañuelo que usa en la cabeza... es como dicen que son las velas, cuando sopla el viento. No sé, me parece que todo puede ser así cuando lo veo pasar...

ABANDERADO. - ¿Cómo?

Cornella. – Como con viento. ¿Sabe una cosa? Un día me gustaría galopar así, contra el aire, con un pañuelo blanco en la cabeza.

(Se produce un silencio. Durante un segundo él la mira. La luz ha ido decreciendo.)

ABANDERADO. – Ya está anocheciendo. Mejor será que te vuelvas.

CORNELIA. - ¿No quiere que me quede otro rato?

ABANDERADO. - No.

CORNELIA. – Tengo que enjuagar el mantel.

ABANDERADO.- Llama al perro y ándate mejor.

Cornelia. - ¡Chit! Escuche lo callado que está todo. Ya ni se oyen las campanas.

(Vuelve a producirse un pequeño silencio. Ella se levanta, entonces, se aleja algunos pasos, le da vuelta la espalda.)

CORNELIA. - Aquí tengo algo... yo misma lo hice...

ABANDERADO. - ¿Qué?

Cornella.— Un pañuelo. Le bordé una inicial. No es muy bonita, porque nunca me enseñaron.

Pero se entiende. Es para usted.

ABANDERADO. - ¿Para mí?

CORNELIA. - Sí, para cuando se le ponga viejo el que tiene.

ABANDERADO. - ; Me lo hiciste a mí?

CORNELIA.— En las noches, porque en el día no hay tiempo. En la noche, mientras los otros dormían, yo me ponía a bordarlo. (*Pausa*.) Quisiera que una tarde... cuando me asome y lo vea galopando por la loma...

ABANDERADO. - ¿Qué cosa?

Cornella.— Es mío, voy a decir... Es mío ese pañuelo blanco. (Recoge rápidamente las ropas que ha estado lavando.) Gavilán, Gavilán...

ABANDERADO. - Cornelia...

CORNELIA .- (Que ha ido desapareciendo.) Gavilán, Gavilán...

(El Abanderado mira durante algunos segundos el pañuelo y luego lo cambia por el que tenía en la cabeza. Hay un momento de silencio y luego irrumpen nuevamente las campanas y las luces disminuyen paulatinamente. Vuelve a producirse la oscuridad total durante la cual se escuchan las campanas. Luego la luz vuelve, primero sobre el rostro del Abanderado y luego sobre la escena.)

Donoso.— (Terminando de leer.) En total, veinticuatro denuncias. Apresado en esta zona en la noche del treinta de abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde... (Acercándose al Abanderado.) ¿Oíste? ¡Contesta! ¿Qué no me oyes?

ABANDERADO, - Sí.

Donoso.— (Dándose vuelta hacia González.) ¿No ve, mi cabo? Todo es cuestión de saber manejar a éstos... Es cuestión de tener dedos para organista y no todos los tienen. Vamos ahora a la oficina para que le dé órdenes. Ustedes lo van a llevar a la estación... y ahí va a haber un relevo. Todo está planeado con criterio militar... Ah, también habrá que hacer un parte... ¡Miren que mandar una carta! Ésas son cosas que se le ocurren a Bruna no más. Típico de Bruna.

(Salen Donoso y González.)

ABANDERADO .- ¿ Qué dijo?

TORREALBA .- Que lo tenemos que llevar a la estación. Va a tomar el tren.

Abanderado. - Antes. ¿Qué fue lo que dijo antes?

Torrealba.- Leyó lo mismo de ayer.

ABANDERADO.- No lo oí.

TORREALBA.- Lo mismo que leyó mi teniente Bruna.

ABANDERADO.- Me estaba acordando... ¿De dónde será que salen estas cuestiones?

TORREALBA .- ¿Cuáles cuestiones?

Abanderado. - Las que uno se acuerda de repente. Si parece que vinieran de muy hondo.

TORREALBA.- No le entiendo.

Abanderado.- Había algo después de todo, algo que no estaba escrito en ese papel.

Torrealba.—¿Qué le pasa? No se preocupe todavía. Según mi cabo González nada estaba decidido. Se lo van a llevar y allá lo juzgarán. Estoy seguro que le va a ir bien. Mi cabo González me dijo que no tenía por qué tener miedo.

ABANDERADO.- No tengo miedo, Cornelio. Ahora no tengo nada de miedo.

TORREALBA .- ¿Y por qué está tan blanco entonces?

ABANDERADO. - Me estaba acordando. Deben haber sido las campanas. Me estaba acordando.

TORREALBA .- ¿De qué?

(Entra Riquelme.)

RIQUELME. – Dice mi teniente Donoso que hay que irse vendo.

TORREALBA. - ¿Y mi cabo González?

RIQUELME. - Allá afuera lo está esperando. Vamos...

(Sale Riquelme. Y en el momento en que lo van a seguir Torrealba y el Abanderado, este último se detiene.)

ABANDERADO. - Cornelio...

TORREALBA .- ¿Diga?

ABANDERADO.- ¿Qué se habrá hecho un pañuelo blanco?

TORREALBA .- ¿ Cuál?

Abanderado.— Uno que andaba trayendo... Se debe haber caído para el lado del tranque... Sí, allá debe haber quedado, para el lado del tranque donde me agarraron... o para el lado del río...

#### ESCENA 3ª

## En las afueras de La Calavera

(El Tordo está en el lugar, borracho y con aspecto de hombre perseguido. Casi inmediatamente irrumpe la procesión que ahora ya está completamente formada y va camino a la cruz. Al ver al Tordo, algunos de los integrantes lo alejan. Al mismo tiempo, se realizan diversas danzas. Se les ve efectuar grandes saltos al son de flautas y tambores. La procesión está totalmente formada y llevan las imágenes en andas. Es una escena de gran vitalidad. Aparecen los policías con el detenido. Al verlos, el Tordo de inmediato se escabulle, se esconde entre los demás. En el centro del grupo que recién ha entrado, viene el Abanderado y rodeándolo González, Torrealba, Riquelme, más otros policías. Vuelve a caer sobre la procesión un silencio súbito. Pero ahora de pronto, se escucha la voz de la Mujer V que grita.)

MUJER V .- ¡Asesino!

MUJER II .- ¡Incendiario!

MUJER III .- ¡Criminal!

(La multitud se amotina, se aglomera en torno a él. La procesión pierde su orden. Los policías tratan de hacerlos retroceder con sus carabinas.)

González. - ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

RIQUELME. - ¡No se acerquen!

González .- ¡Atrás, que si no disparamos!

MUJER II.— ¡Llévenselo! ¡Llévenselo! ¿No te bastó con incendiarme la casa? ¿Con quemar la cosecha? ¿Para qué vienes a ensuciar ahora este lugar santo? ¡Que se lo lleven! Si no, lo mato...

Varias.- (Al mismo tiempo.) ¡Que se lo lleven! ¡Que lo maten! ¡Incendiario! ¡Asesino!

Mujer III.— ¡Criminal! Todo lo has pisoteado. Ni siquiera te acuerdas del daño que me hiciste. ¡Criminal!

Varias. - (Al mismo tiempo.) ¡Llévenselo de aquí! ¡Llévenselo! ¡Llévenselo!

MUJER I.- Éste es un lugar santo...

MUJER I .- ¡Ladrón!

MUJER IV .- ¡Ladrón! ¡Ladrón!

(Hay un movimiento hacia él. Los policías rechazan y Torrealba se yergue entre ellos.)

TORREALBA.—¡No pueden dejarlo tranquilo! Que no ven que el hombre va preso.¡No ven que ya va a pagar! ¿No pueden quedarse callados y dejarlo seguir su camino? Si éste es lugar santo, tengan al menos caridad...

MUJER IV .- ¡Ladrón! ¡Ladrón!

González. - ¡Atrás! ¡Atrás les digo! Que estas cuestiones están cargadas... Y tú, Torrealba, quédate callado. Soy yo quien va al mando de esto... (Al pueblo.) ¡Atrás! ¡Atrás les digo!

Mujer IV.- ¡Es un ladrón! Ni vergüenza tenía de robarle a los pobres... ¡Ladrón! Debieran cortarle las manos por ladrón...

MUJER I .- ¡Llévenselo! Éste es un lugar santo...

MUJER V.- ¡No! ¡Que se quede! ¡Que lo maten!

MUJER IV.- Acuérdate cuando robaste en Coligüe.

MUJER III.- ¡Y del crimen en Peñas Blancas!

MUJER II.- ¡En Pachacama!

MUJER IV .- ¡En Rautén!

MUJER III.- ¡En Artificio!

Mujer I.- ¡En Nogales!

González. - ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjennos seguir!

VARIAS. - (Al mismo tiempo.) ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Incendiario!

HOMBRE I.- ¡Incendió Pucalán! ¡Que se lo lleven a Pucalán! ¡Que lo ajusticien en Pucalán!

HOMBRE II.- ¡En Mauco!

HOMBRE III. - ¡En Hijuelas!

Hombre I.- ¡En Cabildo, en Ingenio, en Guavacán!

Topos.-; Asesino! ¡Asesino! ¡Criminal! ¡Que lo maten! ¡Criminal!

(En ese instante, González dispara al aire. Tras el tiro, se produce un súbito silencio. Los policías ahora logran abrirse paso y arrastran al Abanderado hacia afuera. Durante toda la escena anterior, éste ha permanecido tranquilo, extrañamente tranquilo. Recibiendo todos los gritos como si éstos no lo tocaran. Apenas ha salido, la procesión vuelve a organizarse. Se reanudan los bailes, los cantos, el Tordo se hace visible entonces. Mira hacia el lugar por donde se ha alejado el Abanderado. De pronto un gran sollozo lo estremece y cae, de rodillas al suelo, llorando. La procesión evoluciona en torno a él y desaparece.)

## ESCENA 4ª La estación de La Calavera

(El Abanderado está de pie exactamente en el lugar que ocupaba el Tordo en el cuadro anterior. Torrealba está junto a él. Riquelme entra seguido por el otro policía.) RIQUELME. - Vamos a tener que registrarlo... Órdenes de mi teniente Donoso. No vaya a ser cosa que ande travendo un arma escondida.

TORREALBA.- Ya se hizo en Coligüe.

RIQUELME. - Sí, pero allá era bajo las órdenes de mi teniente Bruna. Y mi teniente Donoso dijo que él no confiaba en eso...

TORREALBA .- Pero si no trae nada.

RIQUELME. - ¿Cómo lo sabes?

TORREALBA.- Me lo habría dicho.

RIQUELME. - (Con ironía pesada. En cierta forma imita a Donoso.) ¡Te lo habría dicho! Hay que ver el angelito... Mejor será que te vayas avivando, cabro. En de no, no tienes futuro en esta profesión...; Se lo habría dicho! Hazte a un lado mejor... Aflójate la trilintrova...; La

(Riquelme y el otro policía despojan al Abanderado de su camisa y le registran los bolsillos. El Abanderado no se mueve.)

RIQUELME. - ¡Tenías razón! Anda más pelado que un hueso... (Mirando al Abanderado.) ¡Y éste era el famoso Abanderado! Uno crece oyendo hablar de estos salteadores y después no son más que esto... Tan bravos que parecen de lejos, y de cerca, ¡puro viento no más! (Al policía.) Anda a preguntarle al cabo González si llegó el relevo y le trajeron las esposas... (El policía sale.) Esto es para que aprendas una lección, cabro. No te dejes embaucar por lo que te diga el preso. Como dice mi teniente Donoso: un buen policía siempre comprueba... (Vuelve a entrar el policía con las esposas.) ¡Ah! Ya llegaron... A ver, pásamelas... (El policía se las entrega, se cuadra y sale.) A ver las manos, Abanderado, a ver si te gustan estas pulseras... Mejor que las que robaste, ¿ah?

González .- (Desde afuera.) ¡Cabo Riquelme!

RIQUELME. - (Gritando.) Voy, mi cabo... (Pasándole las esposas a Torrealba.) Colócaselas tú mismo. Y sin soltarle el cordel. El cordel lo aflojas después que le hayas colocado las cuestiones...; Toma, cabro! Beh...; qué te da miedo el Abanderado?... No seas leso. No ves que ahora va no tiene ni soplo para hablar... (Sale.)

TORREALBA.- Voy a tener que ponérselas... (El Abanderado extiende las manos.) No sé... me habría gustado poderle... poderle prestar ayuda...

ABANDERADO.- Haga no más. Es su deber. (Torrealba se las coloca.) Hace un rato, cuando me gritaron todo eso... todo lo que me gritaron... no sé, me sentí como si me estuviera sacando las pilchas... igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel...

Torrealba. - (Señalando las esposas.) ¿Le apretan mucho...? Aguántese... a veces con una piedra dicen que ceden un poco...

(Busca una piedra y con ella golpea el metal. El Abanderado sigue hablando.)

Abanderado. - Igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel. Pero ahora no me daba vergüenza, no... Ahora me sentía más liviano. Parecía que al gritarme esas cosas, me las iban sacando de adentro. Me iban dejando vacío. No, vacío no... No sé cómo.

Torrealba. - (Golpeando siempre sobre las esposas.) Aguántese un poco. Al comienzo le va a doler; pero después se sentirá recontra aliviado.

ABANDERADO.- Y ahora, cuando me arrancó la camisa, fue como si me hubiera limpiado de repente...

(Se escuchan de pronto los cánticos de la procesión. Son las décimas de la Cruz. Sólo se escuchan algunos versos, y luego la escena continúa. Teniendo las décimas como música de fondo.) TORREALBA. - Son los de la procesión. Ya llegaron a la Cruz.

ABANDERADO. - Cuando miraba cualquier cosa, la veía como yo... Cuando uno anda con algo revuelto adentro, todo lo ve así, revuelto... Negras parece que fueran las cosas... aunque estén limpias y no sean negras. Uno echa el alma para afuera. Y como el alma tiene su tinte, el alma tiñe. (Se detiene de pronto, como si hubiera recordado algo.) Pero, a veces uno piensa... piensa en algo todo blanco ¿claro como un trozo de estrella no fue que dijo? Y con solo recordarlo, se disipan todas las oscuridades... Eso fue lo que ella dijo; pero ahora me doy cuenta que eso no es todo y que ella sólo tenía razón a medias. Me doy cuenta que hay que pensar en algo que no se pueda

trizar ni romper, en algo que no es una cosa, en algo que uno guarda adentro, no sé bien dónde, y que es más cierto que una cosa, más cierto que lo que se mira y se toca. Es algo como un pensamiento. Sí, eso podría ser. El pensamiento de algo todo blanco... (Hay un silencio durante el cual vuelven a escucharse los cánticos con nitidez.) Cornelio...

TORREALBA. - ¿Me llamaba?

ABANDERADO. - Sí, lo estaba llamando.

TORREALBA. - ¿Qué desea?

Abanderado. – Pedirle un favor. Cuando vuelva y si pasa por donde mi... por la casa de la Pepa de Oro, dele un recado ¿quiere?

TORREALBA. - El que usted mande.

Abanderado. - Dígale que yo encontré algo que no se rompe.

(Luego de un cortísimo silencio, se escuchan afuera las voces de mando.)

González. - (Desde afuera.) ¡Torrealba!

TORREALBA.- Mande, mi cabo.

González.- (Desde afuera.) Ya llegó el relevo. Sígueme con el preso.

TORREALBA.- Nos vamos a tener que ir yendo.

ABANDERADO. - ¿Se acordará de lo que le dije?

TORREALBA. - Sí, me acordaré, Juan... ¿Le importa que lo llame así?

ABANDERADO. - ¿Por qué? Así es como me llamo: Juan Araneda López.

(Los hombres salen y aún se escuchan los cánticos mezclados a las voces de mando.)

### ESCENA 5ª

## Un lugar en la montaña, cerca de La Cruz

(La procesión está reunida al pie de ella y cantan la "Despedida". En ese instante se escucha el pito prolongado de un tren y casi de inmediato se oscurece el cielo y comienza a caer una lluvia. La procesión se dispersa, se escuchan voces.)

ALFÉREZ DE La CALAVERA. - ¡Aguántense! No es más que un chubasco...

Mujer II.- Son esas nubes negras.

Mujer III.- Ya luego pasarán.

MUJER IV.- No hay ninguna parte donde guarecerse.

Hombre I.- Aguántense. Esto pasa luego...

(Vuelve a escucharse el pito del tren. Esta vez es sumamente desgarrador.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Ése es el tren...

MUJER I .- ¡Por fin se llevan al Abanderado!

MUJER III.- Que se lo lleven lejos...

(La tempestad amaina. Hay un momento de silencio.)

ALFÉREZ DE LA CALAVERA. - Volvamos a formar la procesión y sigamos con la despedida...

(Comienza a cantar.)

Será hasta la vuelta del año

Volveré con mi bandera

Si estoy vivo en este mundo

Y si piso aquí la tierra.

Todos. - Si estoy vivo en este mundo

Y si piso aquí la tierra.

ALFÉREZ.- Y si piso aquí la tierra

Con la mayor humildad

Porque en esta vida somos

Sólo una sombra pará.

Todos.- Porque en esta vida somos

Sólo una sombra pará.

ALFÉREZ.- Sólo una sombra pará

Por el libro de Jacob

Porque en este mundo somos

Hoy sí y mañana no.

Todos.- Porque en este mundo somos

Hoy sí v mañana no.

(La procesión ha ido desapareciendo lentamente. Aún durante un rato se escuchan las voces a lo lejos. Cornelia ha permanecido sola en el lugar y después de algunos segundos aparece Torrealba que llega corriendo. Se detiene. Se miran.)

CORNELIA .- ¿Y el Abanderado?

(Antes que él responda se escucha el pito del tren.)

TORREALBA.- En ése se lo llevan... allá.

CORNELIA.— (Mirando el tren que se aleja.) Me va a hacer falta... Me gustaba saber que alguien podía galopar en la tarde, libre como una bandera, con ese pañuelo... (Con una súbita transición.) ¿Y el pañuelo blanco? ¿Lo llevaba todavía?

TORREALBA.- No. Me dijo que lo había perdido.

CORNELIA .- ¿Dónde?

TORREALBA.— No se acordaba. Fue cuando lo agarraron. No sabía si era para el lado del tranque o para el lado del río.

CORNELIA.- ¿Del río? Ojalá haya sido para el lado del río.

TORREALBA.- ¿Para qué?

CORNELIA.- Para que siga, y llegue al mar.

(Ya muy lejano se escucha el pitazo del tren. Ambos lo contemplan. Las luces disminuyen lentamente.)

#### TELÓN